

petar de su mujer, ésta no se hubiera hecho culpable de sus ligerezas; pero las circunstancias la fueron llevando al borde del abismo, y la extrema sensibilidad de su corazón y la dulzura de su carácter, la empujaron á él.

María Estuardo estuvo muy lejos de ser una mujer virtuosa, pero fué una mujer más desgraciada que culpable, y supo soportar su largo martirio con heroica resignacion y fortaleza cristiana.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

## SANTA TERESA DE JESUS.

VÍRGEN, DOCTORA Y FUNDADORA.

## I.

Vamos á tratar de una española, cuyo recuerdo está lleno de gloria, y por este sólo hecho nuestra pluma correrá con más facilidad y mayor gusto al trazar esta leyenda.

Entusiastas de las glorias de nuestra patria, quisiéramos que en ella hubieran visto la luz todas las celebridades del mundo; pero ya que esto no es, ni puede ser así, permitido debe sernos que nos ocupemos con legítimo orgullo de las que, como Santa Teresa de Jesus, tanto la han honrado.

Por fortuna no es reducido el número de las que se hallan en este caso, y desde luego aseguramos á nuestras lectoras que ninguna quedará olvidada en nuestra *Galería* de MUJERES ILUSTRES.

La mujer modelo de perfeccion y fortaleza de que vamos á ocuparnos se llamó, al quedar limpia del primer pecado en la pila bautismal, Teresa de Sanchez Cepeda y Ahumada, y era hija de los ilustres señores D. Alfonso y doña Beatriz, ambos

naturales de la pequeña ciudad de Avila de los Caballeros, en la cual vió tambien la primera luz esta admirable niña, el dia 12 de Marzo de 1515.

Entre otros hermanos, tenía Teresa uno, llamado Rodrigo, que contaba dos años más que ella, y al que amaba desde su edad más tierna con el mayor extremo; este niño, de condicion dulce y de hermoso y sensible corazon, simpatizaba tambien con su hermana, y despues de sus estudios solian ambos retirarse á un rincon para leer las vidas de los santos que su excelente madre les proporcionaba.

Eran dos criaturas que formaban un grupo encantador, y á quienes sus padres admiraban con incansable ternura.

D. Alfonso procuró dar á la niña una educacion esmerada, que ella aprovechó de una manera prodigiosa; era de comprension rápida, de sensibilidad exquisita y profunda, y de ingenio despejado.

La excelencia de su talento se veía en el corte noble de su frente abovedada, y en sus grandes ojos negros, de dulce y apasionado mirar.

Teresa tenía la tez ligeramente morena, el cabello negro, espeso y sedoso, la boca pequeña, de carmíneo color y delicado dibujo; la nariz recta y noble, las mejillas delgadas y de suave corte; su estatura era mediana y su talle perfecto que, unido á la gracia de sus movimientos, la hacían un modelo de belleza inteligente y llena de armonía.

Teresa se formaba desde muy niña, no sólo estu-

diando, sino con la infatigable ternura de su madre, que no dejaba jamás de darle buenos consejos, y la reprendía con exquisita dulzura cuando descuidaba alguna de sus obligaciones.

Teresa estudiaba con afan, á fin de que le quedase tiempo para entregarse á su lectura favorita de vidas y martirios de santos; la relacion de aquellas persecuciones inflamaba á los dos hermanos, que envidiaban á los que las sufrían.

Contaba Teresa unos ocho años cuando una noche se hallaba toda la familia en oracion, despues de la cena, ante una imágen de talla de Nuestra Señora del Rosario, que tenía al niño Jesus en los brazos.

Los señores Sanchez de Cepeda eran ricos en bienes de fortuna, y contaban una numerosa servidumbre á la que, siguiendo la piadosa costumbre de aquel tiempo, hacían tomar parte en las oraciones de mañana y noche.

Hallábanse las dueñas, los escuderos, el mayordomo y los criados de escalera abajo, arrodillados detrás de sus amos; todos los niños estaban delante de sus padres.

De repente se oyó la voz infantil de Teresa, que exclamaba mirando á la Virgen:

—¡Miren cómo se rie la Señora! ¡Miren cómo el niño se sonrie tambien!

—Hija, dijo doña Beatriz, déjate de tonterías y reza.

—Señora madre, la Señora se rie conmigo, insistió Teresa; ¿no la ve vuestra merced?

—No, hija mia. La Virgen tiene muy dulce la cara, pero no se rie; es ilusion tuya.

—Yo la he visto reir, madre, y riéndose está todavía.

Todos creyeron que era ilusion de Teresa lo sucedido; pero su padre hizo señal de que se guardase silencio, pues aquella ilusion, por piadosa, merecía ser respetada.

Desde aquel dia, la santa niña tenía éxtasis y visiones celestiales; se le figuraba oir en sueños voces del cielo que la llamaban, cánticos dulces y arrobadores, acentos divinos, armonías misteriosas; y era que llevaba en su alma el himno eterno de la poesía.

Un dia la inocente Teresa se llevó á la huerta de su casa á su hermano Rodrigo, y le dijo:

—¿No admiras y amas como yo á esos santos mártires que mueren por la fe y la religion?

—Tú sabes que sí, respondió Rodrigo con toda la gravedad de sus diez años.

—¿Quisieras tambien ser mártir? ¿Lo deseas?

—Con todo mi corazon; ya te lo he dicho otras veces.

Pues mira, Rodrigo, yo tambien, y podemos serlo.

—¿Podemos serlo?

—Sí.

—¿De qué modo?

—Marchádonos á tierra de gentiles en busca del martirio.

—Pero, no querrán llevarnos.

—Ya lo sé; nos iremos solos.

—¿Solos los dos?

—Sí, solitos.

—¡Y tienes tú ocho años y yo diez!

—¿Y eso qué importa? ¡Mejor! Como somos dos niños, nadie nos molestará por el camino; al contrario, por lástima siquiera, nos darán de comer y posada.

—Pero ¿nos hemos de ir sin dinero?

—¿Y de dónde quieres tú que lo saquemos? ¡Nosotros no lo tenemos!

—Podíamos tomar un poco de la bolsa de madre.

—¡Quita allá, hermano! ¡Qué horror! ¡Eso sería robar!

—Pero ¿nos hemos de ir sin nada?

—Sí; Dios nos ayudará.

—Pues, por mí, vamos; nada podíamos hacer que fuera más de mi gusto; ¡mira tú que estarse aquí quietos mientras que están matando por ahí á tantos santos! Porque ahora matarán tambien, ¿no es verdad?

—Ciertamente.

—¿Y adónde iremos?

—Toma, á Morería.

—¿Y cuándo nos vamos?

—Mañana, respondió Teresa, que era la directora del plan; está dispuesto para cuando raye la aurora; nos levantaremos muy quedito, para que nadie nos oiga, y nos marcharemos.

—¡Y dejamos á nuestros padres, á nuestros hermanos!

—Los dejamos por Dios.

—Tienes razon; los mártires dejaban tambien á sus familias; mañana nos marcharemos.

## II.

La infantil pareja cumplió su propósito.

Teresa y Rodrigo se levantaron antes del dia, ó mejor dicho, pasaron sin dormir toda la noche, y así que la primera luz del alba apareció en el Oriente, dejaron su casa, sin ser vistos ni oídos de nadie, y salieron al campo caminando con la apacible calma y la sublime confianza de su edad.

Ya habían andado como una hora, cuando empezaron á sentir hambre.

Habían salido de su casa en ayunas.

—Teresa, dijo Rodrigo, ¿sabes lo que se me ocurre? Que bien podíamos haber tomado un pedazo de pan á lo ménos; yo siento así como dolores en el estómago.

—Y yo tambien, repuso Teresa, que iba quebrada de color.

—¿Y qué haremos?

—¡Sufrir! ¿No queremos padecer por amor al Señor? Pues hagamos cuenta que ya empieza nuestro martirio.

—Pero ¡el hambre es muy dolorosa, hermana! Sufrir azotes y que le quemén á uno, pase; pero el hambre, creo yo que es peor que todo.

Al hablar así los ojos de Rodrigo estaban llenos de lágrimas; su hermana lo vió, y esto, unido á la angustia que ella misma sentía, empezó á hacer desmayar su valor.

—¡Ay, Dios mio! ¡Y qué hemos de hacer! exclamó Teresa.

—Yo no sé, balbuceó su hermano.

—Sigamos andando, opinó la niña, y cuando veamos á algun pasajero le pediremos limosna.

—Bien, vamos andando.

Los dos niños prosiguieron su camino, con poca angustia de sus estómagos, acostumbrados á un abundante almuerzo.

Ya empezaban á desfallecer de nuevo sus ánimos, cuando vieron venir de frente un pesado carruaje de camino.

—En ese coche irán personas ricas, observó Rodrigo, que no tenía la fuerza de voluntad de su hermana; pidámosles algo.

—¡Me da vergüenza! murmuró Teresa.

—¡Y á mí tambien! Pero ¿qué remedio? Si tú no quieres, yo me acercaré.

Rodrigo esperó á que llegase el coche, se aproximó á la portezuela, por la que se asomaba un caballero de bastante edad, y dijo:

—¡Caballero, una limosna por amor de Dios para dos pobres niños que van á Morería!

—¡Dios me perdone! ¿No son esos mis sobrinos Teresa y Rodrigo? exclamó el caballero del carruaje; cochero, para las mulas.

—El carruaje se detuvo y el viajero saltó al suelo.

Era un hombre como de cuarenta años, de aspecto á la par benigno y respetable; los niños reconocieron al instante en él al hermano de su madre, que vivía en Madrid, y que les daba dulces y juguetes en abundancia cada vez que iba á Avila.

—¿Adónde vais? preguntó D. Alvaro de Ahumada á los dos héroes en miniatura.

—A Morería, repuso Teresa con calor.

—¿Y á qué?

—A pedir á los moros el martirio.

D. Alvaro hizo un esfuerzo supremo para contener la risa, y luego prosiguió:

—¿Y qué ibais á comer?

—Lo que nos diesen de limosna.

—Subid al coche, dijo D. Alvaro, y corramos á casa de vuestros padres, adonde voy. ¿Os parece que es un mérito á los ojos de Dios el abandonar

su casa y su familia, y el sumergir á ésta en la desesperacion? Si la voluntad de Dios es daros el martirio, que deseais, ya os llamará á él por otros caminos. ¡Ea, arriba!

Teresa y Rodrigo subieron, algo mohinos, y su tío subió detrás; hizo cerrar la portezuela, y el carruaje tomó de nuevo el camino de Avila.

Al llegar, D. Alfonso se rió de los proyectos de sus hijos y del apetito con que devoraron el desayuno que se les dió. Doña Beatriz les regañó bastante, y por la noche acabó tambien por reirse, con su marido, del viaje singular que su hermano había interrumpido.

Al dia siguiente, Teresa y Rodrigo se hallaron en el jardin á la hora del recreo y se dirigieron bajo un enorme castaño, á cuyo pie brotaba una fuentequilla; este era el sitio ordinario de sus conciliábulos.

—Sabes, dijo Rodrigo, que tengo al mismo tiempo vergüenza y pena por lo que nos sucedió ayer?

—Tú tienes la culpa de todo, dijo Teresa muy enojada.

—¿Yo?

—¡Tú, sí, tío! Y sólo porque eres un gloton; ¿no te podías haber aguantado el hambre?

—Ya no podía más, hermana.

—¡Pues yo sí!

—Es que tú eres más fuerte que yo; eso ya se sabe.

—Al revés debía ser, pues que me llevas dos años; si no hubieras ido á pedir á los que venían en el coche, tal vez estaríamos ya en tierra de moros.

—Si dicen que está muy lejos; pero, en fin, ya no podemos ir; ya está desbaratado nuestro plan.

—¡Eso es lo que siento! Yo hice un voto al Señor, ¿Y ahora qué dirá de mí? ¡Qué enojado estará!

—¿No dicen que es tan bueno? Pues ya ve que, si no hemos ido en busca del martirio, es porque no nos han dejado.

—Una idea me ocurre, dijo Teresa, que era de la que partían siempre las proposiciones.

—¿Qué es? preguntó Rodrigo.

—Que ya que no podemos ser mártires, podíamos ser ermitaños.

—¡Ermitaños! ¿De qué modo?

—Mira, diremos á madre que nos mande hacer dos celditas de paja.

—Pero ¿dónde?

—Aquí, en la huerta.

—¿Y querrá?

—Yo creo que sí; de todos modos, ahora mismo se lo voy á decir.

Teresa corrió á exponer su deseo á doña Beatriz, que lo oyó con la sonrisa en los labios.

—¿Es decir, que ahora quereis ser solitarios? observó; mira, niña, que has inspirado á tu herma-

no unas ideas que no me agradan, y ménos á tu padre; tú eres la inventora de este proyecto, así como de el de ir á Morería, ¿no es cierto?

—Sí, señora, respondió Teresa algo confusa.

—Ya lo presumía yo; pero, hija mia, si tú quieres ser religiosa, cuando tengas edad para ello nadie te lo impedirá, y yo seré en ello muy gustosa; pero en cuanto á Rodrigo, es otra la cuestion; tu padre le destina á la carrera de las armas; por lo tanto, no le hagas santurron.

Teresa iba á retirarse llorosa y affigida.

—Vamos, dijo doña Beatriz, que era la misma bondad; me da pena verte triste, hija mia, y te voy á dar gusto esta vez; tendrás tu celdita, con la condicion de que sólo te has de retirar á ella para hacer tus oraciones durante un rato cada dia, sin abandonar por eso la compañía de tu familia, ni tus estudios y ocupaciones habituales; en cuanto á Rodrigo, él no debe pensar en esas cosas.

Teresa se retiró del cuarto de doña Beatriz, y su hermano, que la esperaba, salió á su encuentro.

—¿Qué ha dicho madre? la preguntó.

—Que hará una celda.

—¿Sólo una?

—Sólo una para mí.

—Y yo, ¿por qué no he de ser ermitaño tambien? exclamó llorando el niño.

—Dice madre que has de ser militar y no monje; pero debes ir á ver á padre y pedirle tu celda,

aunque tal vez no te la dará, porque está visto que Dios quiere castigarte.

—¿Por qué?

—Por no haberte resignado á sufrir un poco el hambre.

Rodrigo fué en seguida en busca de D. Alfonso que á su vez le concedió el permiso de tener celda para ser *ermitaño*.

Dos dias despues, las celdas estaban terminadas; los niños se hallaban cada uno en la suya, rezando con fervor.

Las ideas de devocion se iban arraigando más y más cada dia en el alma tierna y entusiasta de Teresa. Había hecho ésta que llevasen á su celdita una mesita cubierta con un paño blanco, y sobre la cual había colocado un hermoso crucifijo, regalo de su madre, dos candeleros con sus bujías, y dos jarros que contenían siempre ramos de flores frescas, cortadas en el jardín.

De rodillas delante de aquella santa imágen, pasaba Teresa largas horas conversando con Dios por medio de la oracion y empapándose en las tristes reflexiones que le sugería la vista del divino Señor, que murió por nosotros entre tormentos infinitos.

Un dia fué á visitar á doña Beatriz una señora amiga suya, acompañada de una hija que tenía, jóven hermosísima y que acababa de salir del convento, donde se había educado como pensionista, que era el de religiosas de San Agustin de Avila.

Enamorada la jóven de la belleza de aquella niña, á la que veía por primera vez, la atrajo hacia sí, le tomó la mano con ternura y le preguntó cómo se llamaba.

—Me llamo Teresa *de Jesus*, respondió la niña.

—¿No es Cepeda el apellido de tu señor padre? preguntó la jóven con extrañeza.

—Sin duda, respondió la niña; y yo estimo en mucho este apellido ilustre; pero quiero llamarme, y que todos me conozcan por el nombre más bello del mundo; me llamo Teresa de Jesus.

—Querida mia, dijo doña Beatriz; os ruego que no extrañeis las palabras de mi hija; ella no tiene la cabeza muy segura, aunque, segun dice mi buen hermano D. Alvaro, que la adora, está dotada de un talento extraordinario.

—Tal vez la misma viveza de su imaginacion la hace padecer algun extravío, dijo la madre de la jóven; esto no es extraño, y antes bien se ve muchas veces.

—Mi esposo, prosiguió doña Beatriz, dice que Teresa ha de ser alguna cosa grande en el mundo; lo mismo opina mi hija mayor, que ama á esta niña tiernamente; yo pido al cielo que haga de ella lo que sea de su agrado y que modere el ardor de su devocion, que es extremado; tiene éxtasis frecuentes, y en tanto duran, dice que oye hablar á Dios y á su santa Madre.

—Los oigo, afirmó Teresa; anoche vi al Señor



crucificado, que, en tanto que yo rezaba delante de él, se fué, rodeado de luz; yo le decía:

—Señor, quiero ser vuestra toda mi vida;—y el Señor, con una voz tan dulce como una música, me respondió: tú serás Teresa de Jesus; y yo Jesus de Teresa.

Las dos dâmas miraron á la niña llenas de admiracion.

De esta suerte llegó Teresa á los doce años; á esta edad su viva imaginacion deseó saber otras cosas que las que la enseñaban.

Dofia Beatriz, señora tan buena y tan piadosa como queda dicho, tan tierna madre como ejemplar esposa, tenía la debilidad de ser en extremo aficionada á libros de caballería, aficion que trasmitió á su hija, que pasaba largas horas ocupada en semejantes lecturas, las más propias para exaltar su imaginacion juvenil, y ya de suyo tan ardiente.

Teresa empezó á rezar ménos y á soñar con hermosos paladines, con princesas encantadas, con músicas y torneos.

Se miraba al espejo complacida, y, al verse tan hermosa, se preguntaba si no merecía ella tambien las proezas de algun esforzado paladin, de algun ilustre guerrero.

Empezó á pedir galas y joyas, con gran asombro de su familia, la que, contenta al ver que perdía la aficion á la vida religiosa, le concedía todo lo que le pedía, con la esperanza de contentarla de este

modo y separarla de sus ideas de devocion y de retiro.

Catorce años contaba Teresa cuando Dios se sirvió llamar á su madre; esta pérdida fué para la jóven en extremo sensible; pero bien pronto se consoló de sus penas: puso en su adorno mucho mayor esmero que el de costumbre, y se dedicó á ir á todas las reuniones y saraos de la ciudad, ataviándose de un modo tan rico como suntuoso.

Esta aficion se aumentó con la llegada á casa de su padre de una prima suya, viuda y jóven, y de tan locas inclinaciones, que apenas dejaba quieta á Teresa dos horas seguidas en su casa.

Aquella jóven, rica y bella, era la persona que ménos convenía á la niña Teresa, naturalmente alegre y dotada de un carácter dominante é independiente; su padre le dirigió algunas amonestaciones; pero ¿qué podían éstas contra el efecto que hacían en ella los elogios que prodigaban á su belleza, verdaderamente admirable, y cada dia más seductora y más llena de atractivos?

Era Teresa de regular estatura, y su color moreno se había vuelto de un trigueño mate muy claro y diáfano; sus grandes ojos negros estaban velados por largas pestañas del mismo color; espesas trenzas negras guarnecían su rostro, de un óvalo que se prolongaba hacia la barba.

Su boca pequeña enseñaba, al reirse, dos bellas filas de menudos dientes blancos é iguales; sus ce-

jas negras estaban admirablemente dibujadas; tenía el cuello largo, y los escritores de su tiempo dicen que había en ella *algo del cisne*.

Tal era Teresa Cepeda, ó de Jesus, como ella misma se llamaba, y como la llamaban en toda la ciudad.

### III.

Doña Esperanza era el nombre de la jóven viuda que fué á Avila para hacer desaparecer la afición de Teresa á las cosas religiosas, á las que tal apego mostraba.

Los estudios alejaron á Rodrigo de la casa paterna; sin madre y sin su hermano, Teresa quedó sola al lado de aquella jóven bella, alegre, adulada y con pocas nociones acerca de las augustas verdades de la religion cristiana.

Una noche, despues de la cena, que se había hecho en familia, Teresa había pedido permiso á su padre para retirarse á su habitacion.

—¿Acaso te sientes enferma? le greguntó alar- mado D. Alfonso.

—No, padre mio, repuso la jóven: pero deseo ir mañana á confesarme.

—En ese caso, haces muy bien, hija mia, obser- vó el anciano: ve, y que Dios te ilumine.

Teresa se recogió á su habitacion, y así que se halló en ella oyó llamar á la puerta.

—¿Quién puede ser? exclamó la dueña, quien despues de haber desabrochado el rico traje de la jóven, le preparaba su bata de dormir.

—Yo no sé, dijo Teresa; de no ser Esperanza...

—¡La misma soy! exclamó la voz contenida de la jóven: abrid, abrid pronto, ¡no nos oiga mi tío!

—Mi querida niña, dijo doña Guiomar en voz muy baja; yo creo que lo mejor será no abrir: nada bueno puede querer ese enemigo malo; vais á acercaros mañana á la sagrada mesa: ¡no la recibais!

—¿Y qué he de hacer? exclamó Teresa.

—Yo la despediré, si me dais permiso.

—Pero se enojará.

—¡Que se enoje!

—¡No sabemos lo que deseará!

—Nada bueno seguramente.

Y doña Guiomar entreabrió la puerta, introdu- jo por la abertura sus largas narices, armadas de unos enormes espejuelos, y dijo con voz gangosa:

—Doña Teresa se ha acostado.

—¡Mentira! respondió Esperanza.

—Os digo...

—¡Os digo que mentís! Desde aquí veo uno de los lindos pies de mi prima, que asoma por debajo de su bata de dormir.

—Pero...

—¿Es así como servís á Dios, doña Guiomar? ¿Qué lograreis con vuestros rezos, si mentís de tal suerte?

—¡Señoral!

— Vaya, vaya, dejadme entrar; he de hablar á mi prima.

Y esto diciendo, la traviesa viudita dió un empujon á la puerta y entró á ver á Teresa.

Encantador era el contraste que formaban las dos jóvenes.

Esperanza, alta, rubia, blanca como el nácar, con los ojos negri-azules, era el ideal de la belleza cándida, risueña, casi infantil; ardiente y arrebatada, no conocía más ley que su capricho, y éste era de tal suerte loco, que en poco tiempo había agotado, no sólo toda su fortuna, sino la que su marido le había dejado al pasar á una vida mejor.

Pobre ya, y además robada por la gente que la servía, se había acogido al amparo de su tío don Alfonso de Cepeda, cuya bondad era proverbial, y que le había abierto su casa, con tanto más amor cuanto que era sobrina de su difunta esposa doña Beatriz, á la que había amado con ciego cariño, y á cuya memoria guardaba una tierna veneracion.

Teresa era más baja y algo más gruesa que Esperanza; su tez trigueña se iluminaba en la frente y mejillas con un sonrosado delicioso: sus grandes ojos negros, que en sus primeros años reían con el candor de la infancia, pensaban ahora con la pro-

fundidad de su talento y de su exquisita sensibilidad; tenía los cabellos negros y ondulados naturalmente; la boca soñadora y la risa impregnada de armonías y rica de cadencia.

Teresa se había apasionado profundamente de Esperanza; las ventajas de su prima, lejos de darle celos, la enamoraban: amaba su belleza, su gracia, su carácter alegre y tierno, y se fué apegando á ella como la joven hiedra al arbolillo cubierto de flores, de galas y de perfumes.

Pero al lado de Esperanza, frívola, amante de los galanteos, loca y bella, las ideas religiosas caían desmoronadas, como un viejo edificio ante los embates del huracan: Esperanza sólo hablaba de fiestas, de placeres, de torneos, de convites; y aquellas ideas de martirio, aquella celdilla de paja y de piedras que se fabricó en el jardin, se habían borrado ya de la memoria de Teresa.

—Querida mia, dijo á ésta al entrar Esperanza: quiero hablarte sola... sola... que se vaya tu dueña.

—¡Irme! gritó doña Guiomar: ¡eso jamás!

—¡Ahora mismo! repuso Esperanza, poniéndole en la mano con disimulo algunas monedas; ya ve usted que no soy tan mala como le parezco.... deseo hablar á solas con mi prima.

—A ese modo de pedirlo.... dijo la taimada dueña, no sé qué responder; me voy.

—¡Vamos, vamos pronto! exclamó Esperanza; tengo un plan, Teresa; óyelo, y pongámoslo por obra.

- ¡Un plan! repitió la jóven.
- Sí, un plan: mira; nos vamos á vestir de estudiantes.
- ¡Qué dices! exclamó asustada la niña.
- ¿Eres sorda?
- ¿A vestirnos de estudiantes?
- Sí.
- Pero ¡cómo! ¿De dónde hemos de sacar los trajes?
- Yo los tengo.
- ¿Y adónde vamos? ¿Con qué objeto nos hemos de disfrazar?
- Con el de irnos á divertir.
- ¿Adónde?
- Escucha; algunos de los estudiantes que hay aquí én vacaciones, tienen dispuesta una cena.
- ¿Y bien?
- ¿Y bien? Iremos á la cena.
- ¡Estás loca! ¡Dios mio! ¡Si lo supiera mi padre!
- ¿Para qué lo ha de saber? Nos vestiremos aquí en este cuarto; yo tengo llave de la puerta y nos iremos, sin hacer ruido, cuando estén todos durmiendo.
- ¡Qué! ¿Tienes tú llave de la puerta de la calle?
- Sí! He sacado el hueco de la cerradura con cera caliente; y por este medio me he provisto de una llave, que tengo preparada para esta ocasion.
- ¿Y qué haremos entre los estudiantes?
- Toma, cenar con ellos; debajo de los hábitos

nos pondremos nuestros vestidos de brocado, nuestros encajes, nuestras joyas: luego hay baile en casa del conde D... nos quitamos los hábitos y nos vamos al baile...

—¡Magnífico! dijo Teresa, á la que tan incitante pintura hizo bullir la sangre en las venas: ¡dar un chasco á los estudiantes...! ¡Qué gran cosa! ¡Y luego ir al baile! ¡Qué gusto!

—Y allí verás á D. Félix, ese jóven que estudia en Salamanca y que está tan enamorado de tí: ¡qué buen mozo, qué gallardo, qué galan es! ¡A bien que D. Gonzalo no se queda atrás!

—¿Dónde están los manteos? preguntó Teresa.

—En mi cuarto, repuso Esperanza; voy á buscarlos.

—¡Sí, vel! Entretanto prepararé yo las joyas y los encajes para las dos, y nos iremos al instante.

Esperanza salió, y poco tardó en volver con las ropas talares de dos estudiantes y con un vestido de brocado azul celeste.

Teresa sacó otro igual, y las dos primas se vistieron, ayudándose la una á la otra.

—¡Oh! ¡Qué bella estás! exclamó Esperanza mirando á Teresa cuando ambas estuvieron ataviadas; ¡qué profusion de magníficos rizos negros! ¡Qué hermosa tez! ¡Qué ojos tan hechiceros!

—¿Pues no te has visto tú? exclamó Teresa llena de entusiasmo; ¡tu cabellera parece una cascada de oro; tus ojos, dos grandes zafiros que

nadan en un globo de diamantes; tu talle es la mansion de las gracias! ¡Qué bien parecerás á don Gonzalo!

—¡Cómo se acabará de enamorar de tí D. Félix!

—¡Qué rendidos hallaremos á los dos!

—¡Nos acompañarán á casa del conde, y bailarán con nosotras!

—Pero ¿qué dirán si vamos solas con ellos?

—¡Qué han de decir! ¿No soy yo viuda, y por tanto de estado respetable?

—¿Tú de estado respetable?

—¡Sin duda! Ea, pongámonos los hábitos: ¡cubrámonos bien con los manteos, y andando!

—¡Andando!

Las dos primas cubrieron sus talles de ninfa con los ropajes y sus lindas cabezas con los sombreros tricornios, y salieron del cuarto de Teresa pasito á paso.

Bajaron la escalera, y Esperanza sacó la llave de la puerta, que ya hacía tres horas se hallaba cerrada á cal y canto.

—¡Ay, Dios, yo no sé por dónde voy de miedo! exclamó Teresa; ¡apenas puedo andar de lo que tiemblo! ¡Si mi padre nos viera!

Esperanza nada respondió; abrió la puerta con el mayor cuidado posible y salió, seguida de Teresa, que, en efecto, apenas podía respirar del terror que la dominaba.

—¡Ahora, córramos! exclamó la viuda apretando el paso.

Ambas llegaron en breve á la casa donde estaba dispuesta la fiesta; algunos rayos de luz se escapaban por los balcones, así como el murmullo que promovía la gran concurrencia.

Esperanza alzó el aldabon de la puerta para llamar; pero, antes de que cayese, una mano vigorosa asió la suya.

Volvióse sobresaltada, y quiso lanzar un grito, que el espanto detuvo en sus labios.

El hombre que estaba detrás de ella era su tío, el padre de Teresa.

—¡Por allí! dijo el anciano D. Alfonso en voz baja, pero severa: ¡á casa! y mañana saldrás de ella, para que no sigas pervirtiendo á mi hija.

Esperanza tomó silenciosamente la calle que se le señalaba.

D. Alfonso asió la mano de su hija, que iba temblando, y ambos siguieron á la jóven Esperanza, que deploraba su fatal ocurrencia y más aún la vigilancia de su tío, tan confiado y afable hasta entonces, y que á la sazón parecía revestido de tan terrible severidad.

Así que llegaron, D. Alfonso entró en su cuarto.

Su hija y su sobrina le siguieron á una señal suya.

No bien cerró la puerta, el anciano se acercó á su hija, y con ademan iracundo le arrancó el man-

teo y el sombrero de estudiante, quedando la niña vestida de baile.

—Esperanza, dijo D. Alfonso; has pagado del modo más indigno la hospitalidad y el amparo que di á tu juventud y á tu abandono; has despertado en mi hija malas inclinaciones, animando y fomentando los instintos de vanidad y coquetería que empezaban á fermentar en su pecho; por tanto, como antes te he dicho, no puedes permanecer en esta casa, cuyo reposo turbas.

—¡Cómo! exclamó Esperanza, que temblaba ante la idea de la pobreza que la amenazaba; ¿me arrojarais de vuestra casa, señor?

—Preciso es que así sea; sin embargo, eres de la familia de mi querida y malograda Beatriz, y no te abandonaré jamás; te señalaré una pensión, que no te faltará hasta que de nuevo te cases, que es lo que más te conviene; créeme, á tu edad juvenil, ninguna proteccion hay tan buena y tan respetable como la de un marido; ahora, retírate á tu cuarto.

—¡Tío mio! insistió Esperanza arrodillándose á los pies del anciano; por Dios os pido que os desenojeis, y sobre todo, que no hagais pagar á mi prima lo que sólo es culpa mia: creed en su inocencia, en la enmienda que os prometo.

—Creo en una y en otra, respondió D. Alfonso; pero necesito experimentarlas: para hacerme ver que te enmiendas, vive en el retiro y la modestia;

para conservar la inocencia de mi hija, la guardaré en un convento.

—¡Dios mio! exclamó Esperanza; ¿vais á sacar también á mi prima de vuestra casa?

—Voy á llevarla á la de Dios.

—¡Tío y señor! dijo la jóven, deshaciéndose en lágrimas; ¡os repito que Teresa no ha tenido la culpa de mi locura! ¡Ella no quería acompañarme! Os lo aseguro.

—Mi querida niña, repuso D. Alfonso levantando paternalmente á su sobrina; esas lágrimas y el dolor que las produce me responden de la excelencia de tu corazón; sólo tu cabeza está enferma; procura, pues, sanarla por medio de la reflexión; en cuanto á Teresa, mi resolución es irrevocable. Retírate, y déjame solo con mi hija; lo quiero, te lo mando.

Esperanza se retiró llorosa y affigida.

—No te cansaré con prolijas reconvenções, dijo entonces D. Alfonso, volviéndose á Teresa; únicamente te diré algunas palabras: tu corazón empieza á perder su inocencia; has cambiado tus inclinaciones religiosas por otras mundanas y reprehensibles; ve á tu cuarto y prepárate á partir, al alba, para el convento de san Agustín; allí estarás hasta que encuentres un marido que te convenga, y al que pueda confiar la dicha de tu porvenir.